

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

"La identidad nacional rusa, desde la Teoría de las RRII"

Marcelo Omar Montes

El presente trabajo pretende indagar acerca de la relación entre la identidad nacional y la política exterior rusa, pero a través de un abordaje teórico que comprende dos enfoques relativamente innovadores, como el constructivismo y el postestructuralismo, considerados "disidentes", en la gama de los "reflectivistas" o "postpositivistas", en el ámbito de las Relaciones Internacionales¹.

En esta disciplina, la visión de la política internacional ha sido prácticamente hegemónica en términos tanto históricos como epistemológicos en desmedro del análisis de la política exterior. Sólo en años recientes, se ha expandido el desarrollo autónomo de este segundo campo de estudios. Gradualmente, los enfoques más orientados hacia el análisis de la política exterior, fueron ganando terreno.

Sobre la vinculación entre la política internacional y la política exterior, mucho se ha escrito. Algunos antecedentes revelan cuán relevante es la política doméstica, relativa a factores estructurales o sistémicos, en la explicación de las políticas exteriores de los Estados; también, si la política doméstica marca o define la trayectoria de la política exterior de un Estado. Según algunos autores, las explicaciones domésticas de política exterior dependen de un contraste implícito a explicaciones que no son político-domésticas (Fearon, 1998, 291)².

Sin embargo, desde los mismos neorrealistas, los atributos de un Estado, llámense identidades y políticas domésticas, empezaron a constituir fuentes adicionales explicativas de los cambios en la política internacional. De este modo, "la lógica de la posición", en términos waltzianos, pasó gradualmente a ser reemplazada por "la

¹ Así los consideró Robert Keohane en su célebre discurso de la ISA (Internacional Studies Association) en 1988, generando así una suerte de oposición binaria muy elocuente (Perni, 2005 :118).

² Las teorías "Innenpolitik", son aquellas que consideran que la política exterior de un Estado sólo tiene sus fuentes en la política doméstica, en factores como la ideología, el carácter nacional o la política partidaria, entre otros. En tal sentido, con los antecedentes de Rosenau, Katzenstein y Gourevitch, entre otros, el trabajo de Jack Snyder, "Myths of Empire: Domestic Politics and International Ambition" de 1991, puede ser considerado uno de los pioneros, intentando converger un modelo de política doméstica al interior de la tradición realista. El problema es que tales teorías no pueden explicar por qué Estados con similares sistemas políticos domésticos, se comportan de manera diferente en la esfera de la política internacional (Rose, 1998 :148) (Zakaria, 1992 :178) (Risse-Kappen, 1991 :480-486).

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

lógica interpretativa”, en clave “reflectivista”, analizando las diferentes dimensiones de política exterior. Alexander Wendt, desde el constructivismo, ha generado aportes relevantes en tal sentido. Así, la política exterior combina “sistema” y “unidad”, para lo cual, comparar o desarrollar estudios cuanti y cualitativos, posibilita mejorar la tradición del conocimiento de la política exterior.

Desde la perspectiva realista neoclásica, cinco variables son relevantes para la política exterior: la fortaleza del Estado respecto a sus relaciones con la sociedad; las percepciones de quienes toman decisiones; el grado de cohesión de las elites; la influencia de actores domésticos en la agenda de política exterior y la capacidad estatal para movilizar a la opinión pública.

Actualmente, un buen diseño de proyecto de investigación en análisis de política exterior, puede atravesar diversas subdisciplinas (Política Comparada, Políticas Públicas y, Psicología Política -por ejemplo para estudiar fenómenos como el mapa cognitivo de los líderes-, entre otras) y también marcos teóricos, aconsejándose establecer marcos conceptuales, triangulando conceptos de diferentes teorías. Ellos adquieren validez al estudiar ya no sólo a la estructura sino a actores internos, los tomadores concretos de decisiones, en el punto de intersección entre lo “doméstico” y lo “internacional” (Hudson, 2005 :5).

Este “paper” tiene por lo tanto, tal propósito: aportar nuevos enfoques teóricos a un tema que por supuesto, posee una gran actualidad, considerando el rol de Rusia en la última década, recuperando en parte, el liderazgo internacional, que le cupo desde hace aproximadamente cuatro centurias. Primeramente, entonces, se procederá a analizar los dos marcos teóricos “reflectivistas” seleccionados, el constructivismo y el postestructuralismo, a partir de los cuales, se pretende describir cómo va evolucionando la identidad nacional rusa, lejos de constituir una categoría fija e inmutable, como solían describirla los enfoques clásicos. A continuación, se describirá el proceso ruso, donde se identificarán etapas, actores y discursos intervinientes en dicha construcción.

La mirada constructivista

Desde una óptica teórica, orientada a analizar el cambio en las Relaciones Internacionales, el énfasis en la idea de que las estructuras sociales -incluyendo las que regulan las interacciones internacionales- están socialmente construidas, es un denominador común a todos los enfoques “reflectivistas”.

Pero el rótulo “constructivismo” (o “constructivismo social”) se usa en una medida cada vez mayor para identificar una corriente que parece diferenciarse cada vez más del resto de los reflectivismos. Sin embargo, un rasgo particular de la corriente, es la postura contemporizadora que los autores identificados con ella, suelen adoptar ante los enfoques racionalistas, y en particular, sobre cuestiones epistemológicas. Otro es su programa de investigación, construido, no a partir de una teoría acabada sino más bien, sobre la base de las carencias de los enfoques tradicionales -y, en concreto, en

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

el programa neorrealista-neoliberal-, particularmente en el tratamiento de los factores sociocognitivos.

El constructivismo no es una teoría de las Relaciones Internacionales, por más que los autores constructivistas no descarten -como sí lo hacen los postmodernos- la posibilidad de construirla en el futuro, una vez que se disponga de un número suficiente de datos acumulados. Esa actitud ilustra la postura de los constructivistas hacia la actividad de teorizar: suelen preferir una teorización más inductiva e interpretativa que deductiva y explicativa³ (Salomón González, 2002 :38).

La interrelación entre estructuras domésticas, ideas, intereses y ambiente internacional, puede ser comprensivamente ubicada dentro del constructivismo. Este es concebido como un “compromiso metateórico”, sustentado en tres pilares: a) epistemológico: el conocimiento es socialmente construido; b) ontológico: la realidad social es construida y c) que el conocimiento y la realidad son mutuamente constitutivas. Así, la identidad colectiva que puede ser considerada un atributo fundamental de agentes y propiedades de estructuras domésticas e internacionales, adquiere una cualidad relacional, implicando la posibilidad de evolución (Pouliot, 2007 :361).

Para la mirada constructivista, el cambio de foco enfatiza la cualidad relacional y el potencial transformador de las percepciones e ideas que determinan la conducta política. Esta posición teórica tiene efectos directos: dicho cambio desde contenidos de estructura –materiales hasta cognitivos-, asume que nuestra respuesta, condición del mundo social en el que habitamos, desafía el propósito de análisis comenzando desde supuestos de las cualidades fijas de los actores, incluyendo recurrentes patrones de interacción o un conjunto rígido de alternativas (Kassianova, 2001 :823).

El análisis político con un único posible contexto dado por el significado de conceptos como “preocupaciones de seguridad” o “ambiciones imperiales”, a cargo de diferentes actores internacionales u observadores con posibles diferentes percepciones, falla, al actuar sólo proveyendo una función racional. Las críticas constructivistas han demostrado que los más comúnmente no problemáticos conceptos considerados como “objetivos” de hecho, reflejan las percepciones y los intereses de los actores en un no menor grado que las realidades del mundo político^{4 5}.

³ Más que premisas o supuestos, lo que se plantea son hipótesis de trabajo. En este momento, no está claro cómo se podría articular una futura teoría constructivista con las teorías existentes. Algunos autores ven posibilidades de complementariedad, otros son más escépticos. No obstante, es destacable que, desde fuera, ya se está empezando a presentar el constructivismo como una alternativa válida a las explicaciones neorrealistas y neoliberales de las relaciones internacionales (Walt, 1998)³.

⁴ Así, la noción de “imperialismo soviético” que fue establecido en la academia americana y el discurso político de la Guerra Fría, como un período de casi no desafiantes proporciones, disfrutando de un status cuasi ontológico, sirvió para legitimar la política norteamericana de la Guerra Fría. Del mismo modo, la ecuación casual o rutinaria del histórico expansionismo e imperialismo ruso y la persistente atención a las ambiciones imperiales rusas postsoviéticas, de parte de un excepcionalmente grupo diverso de analistas y comentaristas, actualmente reflejan no sólo el complejo

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

Para ilustrar las ventajas de contar con una teoría sistemática que explique la formación de las identidades e intereses de los actores y el papel de las instituciones en las dinámicas de cooperación -y también en las de conflicto- del sistema internacional, Wendt desarrolló la cuestión del significado de la noción de anarquía y sus implicaciones. Según la teoría neorrealista, la anarquía daba lugar, necesariamente, al conflicto, a partir de una concepción de la seguridad basada en la necesidad de la autotutela ("self-help"). Wendt cuestionó y problematizó este vínculo estrecho, sugiriendo que la vinculación entre anarquía y política de autotutela podría ser no necesaria sino contingente. Para Wendt, la autotutela no es un rasgo constitutivo de la anarquía sino una "institución", que define como "un conjunto o una estructura relativamente estable de identidades e intereses" (Wendt, 1992: 399).

Esas estructuras pueden estar codificadas a través de reglas y normas formales, pero son "unas entidades fundamentalmente cognitivas que no existen aparte de las ideas de los actores sobre cómo funciona el mundo". El proceso de institucionalización consiste en la internalización de nuevas identidades e intereses. La autotutela es, pues, una institución, una estructura particular de identidades e intereses, pero no la única posible en un contexto de anarquía. Una posibilidad, por ejemplo, la de una estructura opuesta a la de la política de autotutela: la de un sistema de seguridad sustentado en una estructura cooperativa, en la que los Estados se identificaran positivamente entre sí y percibieran la seguridad de cada uno como la responsabilidad de todos (seguridad colectiva) (Salomón González, 2002 : 40).

Entre ambos extremos, podría hipotetizarse también la posibilidad de que en un sistema anárquico se desarrollara una estructura intermedia, en la que los Estados fueran indiferentes a las relaciones entre su propia seguridad y la de los demás, pero especularan más con las ganancias absolutas de la cooperación que con la posición relativa de cada Estado. Evidentemente, esas diferentes instituciones o estructuras no surgirían de la anarquía sino que serían el efecto de procesos de interacción recíproca entre los actores. Así, la interacción entre los actores puede dar lugar a la creación de unas estructuras más o menos competitivas. Wendt niega, por lo tanto, que las identidades e intereses de los actores preexistan a la interacción sino que se desarrollan a partir de esa interacción:

Ello presupondría una historia de interacción en la que los actores han adquirido identidades e intereses "egoístas. Antes de la interacción, no tendrían experiencias sobre las que basar semejantes definiciones de sí mismos y de los demás. Asumir lo contrario, es atribuir a los Estados en el estado de naturaleza, ciertas cualidades que sólo pueden poseer en sociedad (Wendt, 1992: 402)

contenido de la política real sino también los intereses específicos y preocupaciones de los observadores (Kassianova, 2001).

⁵ Cabe destacar que el propio constructivismo ha recibido importantes críticas en tiempos recientes, como por ejemplo, de Maja Zehfuss, quien critica a Alexander Wendt por defender lo que ella considera, una concepción todavía antropomórfica del Estado, sin dar cuenta de la contingencia de la identidad (Zehfuss, 2002).

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

Ahora bien, una vez creadas, las estructuras, por ejemplo la de autotutela, sufren un proceso de “reificación”: se las trata como algo separado de las prácticas que la producen y mantienen. Como las estructuras, configuran las identidades e intereses de los actores, un cambio de dinámica, como pasar de un sistema de autotutela a un sistema cooperativo, no es nada sencillo. Pero a través de largos procesos de interacción, los actores podrían redefinir sus identidades e intereses y pasar de un sistema de autotutela a uno de cooperación (Salomón González, 2002 :41).

El llamado de Wendt a la exploración empírica de las ideas constructivistas ha tenido eco, generando una rica y variada agenda y en muy pocos años, han aparecido numerosos trabajos, fundamentalmente estudios de caso, vinculados a esta agenda de investigación y con la misma adscripción “moderna”. Los estudios de caso, suelen seguir una metodología que combina la explicación con la interpretación, desde una perspectiva científica y relativamente sensible a lo sociológico. Para intentar demostrar cómo las instituciones configuran los intereses de los actores, se requieren necesariamente, estudios muy detallados. Los estudios de caso suelen incluir análisis de textos de decisores políticos, entrevistas, etc., aunque también se recurre a estadísticas y a otros métodos formales (Adler, 1997)⁶.

El enfoque postmodernista

El pensamiento calificado como “postmoderno”, así llamado porque se define en oposición al proyecto ilustrado de la modernidad, porque es escéptico respecto a toda afirmación de verdad objetiva, concepción lineal de la historia y pretensión de universalidad, tuvo una entrada bastante tardía en las Relaciones Internacionales⁷.

La primera obra declaradamente inscrita en esta moda intelectual es “International/Intertextual Relations”, editada por James Der Derian y Michael Shapiro en 1989. Der Derian ya había publicado anteriormente “On Diplomacy” dos años antes, que, aunque no se presentaba como postmoderna, anticipaba ya el rumbo que tomaría su autor. También la obra “One Worlds/Many Worlds” de R. B. J. Walker en

⁶ Una parte importante de los estudios de caso, trata del papel de las organizaciones internacionales (como instituciones, en términos wendtianos) en los procesos de reconfiguración de intereses estatales. La UNESCO, la OTAN, la UE, etc., han sido estudiados por Risse-Kappen, Landau, Whitman, entre otros. Algunos estudios de caso, se centran en la construcción de normas en sí -y menos en las instituciones que las producen-: Klotz, Katzenstein y Jackson, entre otros, son algunos autores que trabajan dicha mirada. Otro grupo de estudios constructivistas (por ejemplo, el propio Adler) que cabe destacar, son los relacionados con el papel de los individuos en la difusión de las normas por parte de las instituciones y en particular, el de las “comunidades epistémicas”, redes que transmiten conocimientos especializados sobre temas de preocupación colectiva (Salomón González, 2002 : 42-43).

⁷ Cabe aclarar que la entrada del postmodernismo a los estudios europeos fue aún más tardía. También cabe destacar que postmodernismo y postestructuralismo se emplean a menudo como sinónimos. Sin embargo, el postestructuralismo se refiere de manera más específica al estudio del discurso como estructuras sociales. Aunque enraza en la tradición de la lingüística estructuralista, el postestructuralismo se caracteriza por su concepción de las estructuras de significado permanentemente abiertas o inestables, de modo que siempre, habrá batallas sociales por el significado de diversos temas (Herranz Surrallés, 2009 :48).

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

1988, reflejaba claras influencias postmodernas. Pero el hito que marcó de modo definitivo, la entrada del postmodernismo en Relaciones Internacionales fue el número especial de la revista "International Studies Quarterly" editado por Richard Ashley y R. B. J. Walker en 1990 con el título "Hablando la lengua del exilio: el pensamiento disidente en los estudios internacionales" (Salomón González, 2002 :28).

Aunque sería erróneo afirmar que a partir de entonces se constituyó una "teoría" o una "escuela" postmoderna en Relaciones Internacionales, excepto desde un punto de vista sociológico, se puede constatar una presencia regular de contribuciones postmodernas en las revistas especializadas en Relaciones Internacionales.

Algunos autores han manifestado su sorpresa ante esa entrada demorada o rezagada en las Relaciones Internacionales del discurso antimoderno, anti-ilustrado, antirracional y anticientífico, normalmente asociado con una serie de intelectuales franceses sesentistas y setentistas como Jacques Derrida, Jacques Lacan, Roland Barthes, Jean Baudrillard y Julia Kristeva -todos ellos explícitamente reconocidos como influencias importantes en International/Intertextual Relations-, que se produjo en un momento en el que tal discurso estaba bastante desacreditado en otros ámbitos (Salomón González, 2002 :29).

El final de la Guerra Fría, además del "impasse" en el que entró la Unión Europea, supusieron el desenlace de los "grandes relatos" que habían "blindado" a la disciplina de las Relaciones Internacionales, ante enfoques alternativos. Neorrealistas en el mundo norteamericano y neofuncionalistas en el europeo, tuvieron que ceder posiciones, otrora hegemónicas a los enfoques alternativos.

Los autores postmodernos rechazan la posibilidad de conocer el mundo y por lo tanto de "teorizar" sobre él, en sus términos, de elaborar "metanarrativas", en términos de Lyotard. Los autores que se definen como postmodernos, desconfían de todos los intentos de clasificación, de todas las categorizaciones y de todos los esfuerzos dirigidos a encontrar verdades universales, una empresa que consideran incompatible con la celebración de la "alteridad", la apertura, la pluralidad, la diversidad y la diferencia en todas las dimensiones de la vida social por la que abogan⁸.

Pese a su postura radicalmente anticientífica, muchos de ellos no tienen reparo en emplear argumentos que según ellos están basados en las "ciencias duras", algo que algunos auténticos científicos se han encargado de denunciar⁹.

Lo que sí se puede analizar son los "textos" o narrativas. En una sociedad donde el componente comunicacional se hace cada día más evidente, a la vez, como realidad

⁸ Declarándose en contra de la performatividad positivista, Lyotard subraya que no sólo se requiere de una teoría de la comunicación, sino de juegos de lenguaje. Orientándose hacia la perturbación y la innovación, se manifiestan el deseo de justicia y el de lo desconocido (Lyotard, 1993 :45-115).

⁹ Un ejemplo de "desenmascaramiento" es la obra de los físicos Alan Sokal y Jean Bricmont en 1998, quienes analizan textos de conocidos autores postmodernos (Lacan, Kristeva, Irigaray, Latour, Baudrillard, Deleuze, Guattari y Virilio), señalando sus incongruencias y, en especial, el uso abusivo que hacen de conceptos y terminología científica.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

y como problema, es seguro que el aspecto lingüístico adquiere nueva importancia, y sería superficial, reducirlo a la alternativa tradicional de la palabra manipuladora de la transmisión unilateral de mensajes por un lado, o bien, de la libre expresión o del diálogo por el otro (Lyotard, 1993 :44).

Para Jacques Derrida, el mundo puede concebirse como una especie de “gran texto” o conjunto de textos interconectados (intertexto)- Por lo tanto, el análisis del discurso nos permite, si no conocer, al menos aproximarnos al mundo, con el fin de “ilustrar cómo los procesos textuales y sociales están intrínsecamente conectados y describir, en contextos específicos, las implicaciones para la manera en la que pensamos y actuamos en el mundo contemporáneo”, según explica uno de los adeptos a este enfoque en Relaciones Internacionales (George, 1994: 191).

Se trata, ante todo, de desenmascarar las premisas, presuposiciones y sesgos que subyacen a las teorías que pretenden ser universalistas. El método concebido para ello por Derrida, es el de la “deconstrucción”, método que el propio Derrida y otros autores postmodernos han aplicado al análisis del pensamiento de distintos autores, entre ellos el de Platón, Descartes, Kant, Hegel, Nietzsche, Freud, Husserl, Heidegger y Sartre. Aunque las definiciones que da el propio Derrida sobre la deconstrucción no son nada claras -e incluso ha negado que se trate de un método, de sus análisis, puede inferirse que la deconstrucción consiste, aproximadamente, en problematizar los significados que el propio autor atribuye a su texto, proponiendo lecturas alternativas (“doble lectura”). La identificación y problematización de “oposiciones binarias” explícitas o implícitas en los textos, es también corriente en los análisis de discurso postmodernos (Salomón, González, 2002 :29-30).

Para Derrida, la deconstrucción sería una especie de “pensamiento del adentro”, extraño a toda posición de “dominio” característica de un pensamiento de sobrevuelo. Constituiría un “trastorno” de la dialéctica, del discurso y de la lectura que quieren el dominio sin reservas del sentido y de la significación, el dominio de lo que sucede al pensamiento. Es la parálisis del trabajo de lo negativo, que supone la dialéctica. El contramovimiento del dominio filosófico del sentido que conduce al “saber absoluto” (Goldschmit, 2004 :19-20).

Aquello que la reconstrucción libera y hace volver, Derrida lo piensa bajo los conceptos de “espectros” o “fantasmas”, que no son ni las cosas mismas, las cuales suponen una presencia, ni lo invisible que supone una metafóricidad incuestionada (Goldschmit, 2004 : 21).

La materialidad del texto no es un pensamiento abstracto, hace posible y necesario el análisis sin concesiones de lo histórico-político. Derrida piensa por un lado, los fundamentos y la posibilidad de las formas tradicionales en las que se hace y reflexiona la política (el Estado, la nación, el derecho, la soberanía) pero por otro, atiende a las mutaciones de “esencia” de la política. Se interesa en la manera en que ésta es transformada por lo que viene y lo que sucede. La política derrideana llama a una apertura al porvenir y a la alteridad del acontecimiento (Goldschmit, 2004 :213).

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

Para Derrida, la hospitalidad “a lo Kant” no existe: sólo se trata del lenguaje. Por ejemplo, tomando el caso ruso, afirma que no se sabe qué es o cómo definir la guerra de Chechenia: se interroga si se trata de una guerra civil, de guerrillas o qué, siendo por ejemplo, la toma de rehenes, un fenómeno “normal”. El tipo de guerras como las de Chechenia o Kosovo, no son comunes o convencionales (Derrida, Dufourmantelle, 2006 :139).

Otro “método” postmoderno adoptado por algunos autores para el análisis de las Relaciones Internacionales -más inteligible que la deconstrucción- es el análisis genealógico concebido por Foucault, a partir de Nietzsche. Este tipo de análisis – vinculado a la tradición interpretativa en las Ciencias Sociales, y no necesariamente opuesto a una concepción racionalista de la ciencia- no busca continuidades ni generalidades sino que pone el énfasis en la singularidad de los acontecimientos, así como en los “discursos silenciados”.

Autores postmodernistas, como Judith Butler, a propósito del tema identitario, describen en la actualidad, la decadencia del Estado-nación pero con una fuerza genealógica poderosa. No hay postsoberanía ni antisoberanía, pero sí, nuevos desplazamientos o nuevas configuraciones, que crean nuevos mapas, generando mezclas multiétnicas novedosas (Butler, Spivak, 2009 : 95-117).

Como buena foucaultiana, Butler propone una reconstrucción de la genealogía, ante lo que considera la rotura del lazo entre nacimiento y ciudadanía, en el marco de la actual contingencia, donde no existen garantías ni firmezas de ningún tipo (Butler, Spivak, 2009 :119).

Los autores postmodernos en Relaciones Internacionales se distinguen de sus maestros franceses en que sus trabajos son, en general, comprensibles para el lector no iniciado. Comparten con el postmodernismo en general la característica desconfianza hacia las “metanarrativas”. No creen, por consiguiente, que sea posible llegar a una “representación verdadera” de las Relaciones Internacionales.

Ello explica por qué, en el artículo introductorio al número especial del *International Studies Quarterly*, los representantes más notorios de esta corriente, Ashley y Walker puntualizaron que no sus intenciones no eran construir “una nueva y poderosa perspectiva sobre la política global” sino, dando a conocer las distintas contribuciones “disidentes”, brindarle una oportunidad a éstos, de celebrar “la diferencia, no la identidad; el cuestionamiento y la transgresión de los límites, no la aserción de límites y marcos; una disposición a cuestionar cómo el significado y el orden se imponen, no la búsqueda de una fuente de significado y orden ya establecida; el incansable y meticuloso análisis de la manera en que el poder opera en la vida global moderna, no la nostalgia por una figura soberana -se trate ya del hombre, de Dios, de la nación, del Estado, del paradigma o el programa de investigación-, que prometa librarnos del poder; la lucha por la libertad, no un deseo religioso de producir algún domicilio territorial o una manera de ser evidente que los hombres de fe inocente puedan llamar hogar”(Ashley y Walker, 1990: 264-265).

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

En cuanto al contenido de los trabajos postmodernos, puede hacerse una distinción entre: a) reflexiones sobre la teoría de las relaciones internacionales y, b) análisis sustantivos de fenómenos o instituciones internacionales (Salomón González, 2002 : 30).

a) Las críticas a la teorización convencional en Relaciones Internacionales son las preferidas por los postmodernos. En general, ellos conciben las teorías convencionales de las Relaciones Internacionales, no como explicaciones sino como algo que debe explicarse¹⁰.

Siendo la metanarrativa waltziana, la más atacada por lo postmodernistas, James Der Derian aplicó un análisis genealógico-semiológico a la evolución del realismo en general. Pero la mayoría de los análisis deconstructivos no tienen como objeto, obras concretas sino el gran “texto” de las Relaciones Internacionales. Dentro de ese gran texto, se suelen identificar y problematizar dicotomías como soberanía/anarquía, dentro/fuera, identidad/diferencia, inclusión/exclusión, universalidad/particularidad, que son las que aparecen con mayor frecuencia (Salomón González, 2002 :31)

Otra posibilidad es aplicar el análisis genealógico a un concepto, que es lo que ha hecho, por ejemplo, Jens Bartelson en 1995, con la noción de soberanía, cuya evolución ha vinculado a la de diferentes teorías del conocimiento. Por último, la reinterpretación, en clave deconstructivista o genealógica, de autores clásicos del pensamiento internacional o de otras disciplinas, como Tucídides, Maquiavelo, Freud, Vico, Marx, Weber y Nietzsche, es también un ejercicio habitual de los autores postmodernos, para demostrar que el vínculo entre estos autores y el realismo/neorealismo contemporáneo es más débil que lo que suele afirmarse (Salomón González, 2002 :31).

b) Los análisis sustantivos sobre instituciones y acontecimientos internacionales son también concebidos como análisis de textos. Así, en “On Diplomacy”, James Der Derian en 1987, analiza el “guión” (script) de la “institución diplomática” a través de diferentes textos e intertextos aplicando el método genealógico, es decir analizando las relaciones de los diferentes “guiones” en su relación con el poder en diferentes etapas históricas, interpretando sus orígenes y los cambios en los textos-discursos. El tema concreto es la genealogía del “extrañamiento occidental” -la diplomacia sólo puede entenderse en términos de separación, de extrañamiento frente a otro- desde sus orígenes bíblicos a la actual situación, definida como “tecno-diplomacia”¹¹.

¹⁰ Para R. J. B. Walker, por ejemplo, “Las teorías de las Relaciones Internacionales son más interesantes como aspectos de la política mundial contemporánea que necesita ser explicada que como explicaciones de la política mundial contemporánea” (Walker, 1988: 6).

¹¹ Las fuentes empleadas son muy heterogéneas: van desde textos bíblicos (el papel de los ángeles en la mediación mito-diplomática” entre el hombre y Dios) hasta las fuentes convencionales (archivos diplomáticos). Der Derian adopta en cambio el método semiológico o deconstructivista en “Antidiplomacy” en 1992, obra en la que analiza cómo unos “guiones” determinados establecen límites y crean identidades y oposiciones binarias. Tampoco aquí se

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

Cabe destacar que en el análisis posestructuralista, no es tan relevante lo que significa cada uno de los conceptos en sí mismos, sino la relación y jerarquía que se establece entre ellos en el discurso y sus diferentes niveles de profundidad. La estructura discursiva sería algo así como un árbol con raíces, troncos y ramas, donde las primeras simbolizan los discursos más sedimentados y las ramas se refieren a discursos más contingentes y susceptibles al cambio. De este modo, los análisis sirven para identificar situaciones de crisis, cambio, mayor o menor énfasis en la “seguridad” –y por lo tanto, el miedo o el recelo al “otro”- de toda política exterior y reflexionar sobre las posibles rearticulaciones en determinados contextos (Herranz Surrallés, 2004 :52).

El análisis de discursos oficiales sobre seguridad se ha emprendido también desde la óptica postmoderna. Michael Shapiro en 1989, por ejemplo, ha analizado las analogías entre el lenguaje de los comentarios deportivos y el discurso oficial estadounidense en seguridad en casos de conflicto internacional. En la misma tónica, Bradley Klein en 1989-1990, ha trabajado las estrategias textuales empleadas por la OTAN en las definiciones de las amenazas a la seguridad y David Campbell, el discurso oficial estadounidense sobre la guerra del Golfo o la de Bosnia (Salomón González, 2002 :32).

Muchos de los análisis, sobre teoría o sobre discursos oficiales, de los autores postmodernos, son muy ingeniosos e incisivos. Además, satisfacen el objetivo de cuestionar la coherencia y los fundamentos de los presupuestos de esos discursos que analizan. Permiten, por ende, incrementar el conocimiento sobre las Relaciones Internacionales pero el problema radica en que los postmodernos no admiten que ello sea posible. Las propias interpretaciones que proponen no son, desde su punto de vista, más “válidas” que las que rechazan, puesto que no hay una interpretación más válida que otra, como no hay una fuente de conocimiento más válida que otra. Sus críticas no están -ni pueden estar- acompañadas de alternativas a los análisis “ideológicos” prevalecientes¹².

Identidades y grado de cohesión de las elites

establecen distinciones entre fuentes de ficción (novelas de espionaje, películas de ficción, tiras cómicas, el diario del autor) y fuentes reales (archivos diplomáticos, informes de la CIA) (Salomón González, 2002 :31-32).

¹² Ese relativismo de los postmodernos, coherente con sus ataques a la racionalidad y a la posibilidad de alcanzar un conocimiento científico objetivo, es el que más críticas ha suscitado por parte de la “academia convencional” (Holsti y Halliday, entre otros), que también ha cuestionado la capacidad de estos enfoques de proporcionar explicaciones sustantivas de acontecimientos internacionales, ha señalado su conservadurismo latente (en contradicción con sus manifiestos objetivos emancipatorios) y cuestionado el tono y estilo vacío de buena parte de su producción. Sin embargo, también se les critica por la notable metodologización de los mismos, algo contradictorio con el carácter antifundacionalista del postmodernismo. El afán por la deconstrucción y la desconfianza hacia las afirmaciones de verdad fuera del discurso, se ha visto reducida en muchos casos, a una herramienta analítica, utilizada incluso como mero complemento de los estudios racioanalistas tradicionales (Salomón González, 2002 :32) (Herranz Surrallés, 2009 :55).

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

Hay entre varias alternativas, tres nociones de “nación”, que recientemente, se han expuesto.

Una cultural-etnicista, defendida entre otros, por el británico Smith, que subraya rasgos como tamaño grupal, integración económica, movilidad territorial, cultura distintiva, relaciones externas (en forma de alianzas o conflictos), iguales derechos de ciudadanía y lealtad al grupo. A esta definición, adhiere la mayoría de los intelectuales rusos. Una segunda, presentada por Gellner, es opuesta a la anterior, considerando que las naciones constituyen una contingencia. Sólo cuando procesos como la industrialización conllevan a la génesis de nacionalismos y éstos “construyen” por medio de la educación, a la “nación”. Una tercera definición, la de Suny, plantea también la existencia de un proceso de formación de naciones, pero donde éstas serían equivalentes a “comunidades imaginadas”, subrayando la relevancia de símbolos, rituales, banderas, canciones y acciones colectivas que articulan y representan aspiraciones que luego se plasman en reconocimiento político formal, soberanía e independencia (Zubelzú).

Interrogarse por la identidad nacional, parte del reconocimiento de que las explicaciones sistémicas son insuficientes tanto para comprender la continuidad en un contexto de cambio estructural, como para contemplar la posible definición de un Estado de su política exterior y de seguridad, en aras de imperativos internos y no externos, ni para dar cuenta de respuestas divergentes en torno a una cuestión -seguridad- que tradicionalmente, desde la concepción teórica realista o neorrealista plantean un rango de acción estatal relativamente estrecho: reaccionar o extinguirse (Giraudó y otros, 2006).

Para enfrentar el supuesto neorrealista, claramente materialista, en el sentido de que la identidad estatal y los intereses nacionales poseen una existencia objetiva que se deriva tanto de la anarquía como de la distribución del poder entre las unidades, puede afirmarse que entre identidad nacional y política exterior, existe una interrelación co-constitutiva. La política exterior, es una práctica productora de identidad: sirve como el mayor y mejor instrumento para el proceso de construcción, reconstrucción o reproducción de la autodefinición. La política exterior canaliza el compromiso con el ambiente externo; brinda evidencia de la percepción externa del mundo de la colectividad y funciona como un instrumento para la realización de la autoimagen, a través de objetivos determinados por intereses y modos de probar su adecuación (Kassianova, 2001 :821) (Merke, 2009).

Para otros autores, el vínculo entre la identidad nacional y las experiencias de política exterior, es altamente dialéctica. Dadas las transformaciones del sistema internacional, a la política exterior le cabe actuar en respuesta al enorme desafío de atenuar los impactos negativos –reales o percibidos- en términos de la identidad nacional, mientras que conjuga acciones que en gran medida, estrechan vínculos con el medio externo (Zubelzú).

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

Según Prizel, la identidad nacional sirve no sólo como vínculo primario entre el individuo y la sociedad, sino entre la sociedad y el mundo. De allí, que la política exterior con su rol de protector o “ancla” de la identidad nacional, provee a la elite gubernamental, con una herramienta poderosa y funcional a la movilización de las masas y la cohesión política (Zubelzú).

En términos sociológicos, la política exterior actúa como el mecanismo fundamental de autoidentificación, definiendo el “yo colectivo” o el “nosotros” versus el ambiente externo (el “ellos”). El significado de la “otredad” representa el potencial movilizador aplicable a fines políticos: el “otro” puede ser la amenaza externa a la unidad doméstica.

Ahora bien, el Estado no constituye un actor antropomórfico, unitario y racional, que “habla” con una sola voz. Sí, es un espacio público donde conviven elites políticas que intentan plasmar una representación de un “nosotros” que constituya la identidad política de dicho Estado. Donde las identidades se forjan “desde arriba hacia abajo”, las elites son decisivas en este proceso, requiriendo contar con un elevado grado de cohesión, para articular un discurso hegemónico sobre la identidad (Merke, 2009 :143-144)¹³.

Es deseable entonces, que las elites gobernantes exhiban un grado de acuerdo importante sobre puntos centrales básicos de la política exterior. De no ser así, de no mostrar cohesión en torno al rumbo, la orientación y la inserción de un país en el orden internacional, dicho Estado, no estará reaccionando eficazmente ante el sistema internacional. Si las elites muestran unidad en torno a valores, ideas o creencias básicas de cómo debe ser el derrotero o trayectoria de dicho país en el escenario internacional, hay mayores y mejores posibilidades de inserción. Por el contrario, de no haber cohesión, las dificultades para tal posicionamiento se acrecientan y puede obstaculizar seriamente el lugar de dicho Estado en el mundo.

Puede considerarse válido pues, el estudio de la política exterior de un país, a partir de la variable “cohesión de las elites”¹⁴. Ahora bien, para evaluar opciones de política exterior que coincidan con una inserción adecuada en el escenario internacional, las elites deben conocer y estar informadas respecto a cómo es el funcionamiento de la política internacional. Por ejemplo, en el caso de Estados otrora potencias como Rusia, desde Pedro el Grande (siglo XVII) en adelante, el funcionariado diplomático de carrera, se forma adecuadamente en la lectura de los asuntos internacionales y defendiendo el llamado “interés nacional” de la Federación. Allí también, en gran medida, el grado de cohesión de las elites, explica el perfil de la política exterior de dicha Federación, porque la construcción identitaria es un proceso claramente

¹³ Diferentes trabajos, como por ejemplo, el de Ted Hopf, incluyendo desde las ópticas constructivista y postestructuralista, han tratado la temática de las identidades rusa y del Este, versus “Occidente” (Casula, 2007)

¹⁴ Al mismo tiempo, tal variable es condición necesaria pero no suficiente para lograr tal inserción. La experiencia de las elites nacionalistas en los procesos independentistas postcoloniales del Africa por ejemplo, así lo demuestra.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

ejecutado desde “arriba hacia abajo”, conjugando el problema “eterno” de Rusia con su habitual “otro”, Occidente¹⁵.

Luego de la caída implosiva de la Unión Soviética, provocada por la apertura de una suerte de “Caja de Pandora” por parte de Mikhail Gorbachov, la elite rusa bajo Yeltsin, intentó alinear al país con Occidente, creyendo ingenuamente que tal posicionamiento, en parte definido de antemano por el sistema internacional, acarrearía beneficios automáticos, en términos de despegue económico y crecimiento social.

Es importante testimoniar la magnitud del impacto de la caída de la URSS en la identidad nacional rusa. Para algunos autores, la “desovietización” de la sociedad rusa representó algo parecido a un cambio de civilización, que supuso una especie de “victimización” del pueblo ruso. Para otros, los rusos no pudieron reasumir su nacionalidad de inmediato, tras 1991, porque sencillamente habían desaparecido como nación. La identidad nacional rusa quedó definida por la negativa: eran rusos todos los ciudadanos de la Federación Rusa que no fueran miembros de otras etnias. Los rusos tampoco veían que sus dirigencias los representaran en cuanto a sus valores culturales. Finalmente, como si todo lo anterior fuera poco, se convirtieron en el blanco del odio de sus vecinos, que hallaron en ellos, sus respectivos “chivos expiatorios”, por haberles impuesto el comunismo en sus naciones (Belikow, 2005) (Claudín Urondo, 2002 :9).

Así, la desintegración de la URSS no significó que Rusia heredara un Estado-nación como tal, sino una amorfa y débil identidad nacional. Al igual que los turcos durante el Imperio Otomano, ni el régimen zarista ni el soviético promovieron la construcción de una “nación” rusa. Así, el territorio actual de la Federación Rusa, es legitimado como su tierra natal por apenas el 41 % de los rusos étnicos¹⁶.

De modo similar a Turquía y Austria, mucho antes, al Estado ruso le toca la doble tarea de construir la “nación” y acotarla institucional y territorialmente, tras vivir la fragmentación de un Imperio, con todo lo que ellos supone: falta de decisión política sostenida; obstáculos frecuentes como el chauvinismo y la xenofobia, etc. (Zubelzú).

Téngase en cuenta lo que implicó en términos materiales o económicos pero también y sobre todo, psicológicos: Rusia ya no es una Gran Potencia porque su colapso de los noventa la hizo caer desde el tercer PBI absoluto mundial detrás de Estados Unidos y Japón, al número decimosexto, tras India, México, Corea del Sur y Argentina. En 1987, el PBI de la URSS era el 30 % del de Estados Unidos. Hoy, es el 5 % Rusia, habiendo sido una economía “subindustrializada”, se ha convertido en

¹⁵ Para Rusia, el rol referencial de Occidente, ya sea en forma de amenaza o rechazo, forma parte del discurso histórico y porvenir de la identidad. En cambio, para Occidente, el problema de sus relaciones con Rusia no constituye un objeto de autorreflexión societal sino está definido pragmáticamente según preocupaciones prácticas y de seguridad.

¹⁶ Según Goble, la tragedia rusa se debe a que se convirtió en un Imperio mucho antes de consolidarse como Nación: es decir, Rusia fue un Estado con un centro y una periferia, pero no una metrópoli con colonias (Zubelzú).

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

una “desindustrializada”. Semejante cambio de tal magnitud, impactó negativamente en la autoestima rusa (Graham Jr., 2000).

Salvando diferencias entre un nacionalismo con rasgos negativos, que lleva al odio, el rechazo, el desprecio, la exclusión y eliminación del “otro” y otro positivo, posibilitando la concreción de objetivos comunes, para ser canalizados hacia fines ventajosos, el nacionalismo ruso, hoy, moderado, atravesó varias etapas.

En tiempos de la Perestroika gorbachoviana, por ejemplo, entre 1986 y 1990, las demandas nacionalistas implicaron un regreso a los nombres rusos tradicionales de ciudades y calles; la reivindicación del campesinado nacional y el reconocimiento de la relevancia de lo religioso. Luego, cada grupo empezó a pujar por definir lo más ajustadamente, la “comunidad imaginada” del ya mencionado Suny y, las demandas alcanzaron variedad.

Patriotas ortodoxos a lo Pamiat, Rodina y otros movimientos que fueron desapareciendo; nacionalistas conservador a lo Solzhenitzyn; nacionalistas liberales a lo Dimitri Lijatchov, con una versión de la patria tolerante y respetable hacia los demás, adhiriendo a la democracia y el Estado de Derecho y, los nacionalistas de izquierda, con valores socialdemócratas occidentales, fueron las cuatro corrientes identificables en esa primera fase.

Con el tiempo, la elite gobernante adquirió consistencia geográfica (San Petersburgo), homogeneidad profesional (ex camaradas de la KGB) y una misma visión de país (Rusia y un rol de grandes y liderazgo en el concierto internacional), tras un período de caos, humillación y victimización nacional, como fueron los años noventa. El producto más acabado de tal perfil de elite, es la formulación y ejecución de una política exterior, que recuperó el orgullo y la autoestima nacional rusa, a partir de la construcción de una sólida identidad cultural.

El trabajo pionero de Allia Kassianova, de la Tomsk State University, acerca de la evolución de la identidad rusa en la política exterior y el discurso de seguridad, prestó singular atención a esa relación con el “otro” como plataforma para la construcción de una identidad, en tiempos de enorme convulsión, luego de la caída de la URSS. Le atribuye al Estado, la capacidad de generar identidad intentando constatar si el gobierno ruso, desde sus múltiples agencias y ministerios, empleaba estrategias de movilización contra alguna amenaza externa y manipular el conflicto potencial en sus relaciones con ese “otro” (Occidente) como un instrumento para fomentar la unidad nacional y la identidad estatal (Giraud y otros, 2006)^{17 18}.

¹⁷ Un trabajo más reciente, aunque en clave no tan cercana al constructivismo, pretende continuar el derrotero del artículo de Kassianova (Kratochwil, 2004).

¹⁸ Cabe advertir además, que tan importante como definir si otras naciones constituyen el “otro, resulta determinar la relación con las minorías étnicas establecidas en Rusia como los rusos radicados en otras repúblicas de la ex URSS - unos 25 millones-, como partes del “nosotros”. En efecto, Rusia cuenta con numerosas poblaciones no rusas en su seno, de las que, numéricamente, las más importantes, son tártaros, chechenos, ingushetios, maris, chuvaches, osetios,

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

Con respecto a qué comparar, las variables que se vinculan a la identidad estatal son: la continuidad o el cambio en materia de política exterior, generalmente a la luz de un estímulo externo, sea la relación entre Rusia y Occidente u otro tema. En el caso de la identidad rusa, está ausente la idea de reacción a un estímulo exterior. Kassianova supone que, como consecuencia de la caída de la Unión Soviética, existe una necesidad endógena del Estado de definir quiénes son y por ende, quiénes, semejantes a ellos (Giraudó y otros, 2006).

La evolución de la elite rusa

Desde la perspectiva constructivista, como se afirmó en párrafos anteriores, la investigación de identidad incluye el desarrollo, la evolución y la construcción: la identidad es tratada como un proceso evolutivo que está basado en una cierta fundación de atributos culturales estables pero abiertos a ajuste y transformación. El contenido y dinámica de identidad colectiva al nivel del Estado son abordados a través del estudio del discurso de líderes políticos, intelectuales y de todos aquellos comprometidos en el proceso de construir, negociar, manipular y afirmar una respuesta a la demanda para una imagen colectiva¹⁹.

La mayoría de los autores que han escrito acerca de la evolución del discurso de política exterior en Rusia, siguen el método de dividir la sociedad política rusa, en grupos basados en sus orientaciones ideológicas y comparar sus respectivas narrativas en tópicos clave de las políticas domésticas y exterior rusa. Varios análisis proveen un quiebre similar en grupos con mayores o menores convergencias en sus visiones acerca de las condiciones, objetivos y direcciones de la política exterior rusa (Kassianova, 2001 :824).

El primer grupo de ellos, podría denominarse de diversa manera: los liberales, demócratas, occidentalistas, atlanticistas o institucional internacionalistas. Su fundamentación ideológica incluye elementos del “Nuevo Pensamiento” gorbachoviano y un compromiso total a los valores occidentales de la democracia, los derechos humanos y el libre mercado. Por un breve período, las visiones de este grupo, al cual pertenecen los Yablinsky, Nemtsov o Kasparov, fueron la filosofía oficial del Kremlin en 1992 y parte del año 1993. Su discurso posiciona la “normal” o “civilizada” congruencia con Occidente, como la referencia para la evolutiva identidad rusa. Su mirada de política exterior combina la creencia en un ambiente internacional benigno, la primacía de las reformas domésticas política y económica (democracia más mercado) y la asistencia occidental tanto para integrar a Rusia en la economía mundial, como para moderar la influencia política y económica rusa en el espacio de

bachkires, buriatos, tuvas. Komis, udmortes y kalmuks. En varias repúblicas, los rusos constituyen entre el 20 y el 30 % de la población (Zubelzú).

¹⁹ Metodológicamente, para abordar un caso sobre la base del llamado “objetivismo”, el primer paso sería recuperar los significados subjetivos; el segundo, poner los significados en contexto y, finalmente, historizar los significados (Pouliot, 2007 :368-374).

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

los Estados postsoviéticos. En la última década, sus visiones han perdido influencia y apoyo popular doméstico (Kassianova, 2001 :824).

La lógica de definir extremos opuestos, provee la razón para ubicar aquí y ahora, a los ultranacionalistas o expansionistas. En este lugar coinciden, tanto la extrema izquierda de Zyuganov y los ultranacionalistas de Zhirinovskiy. En antítesis a los liberales prooccidentalistas, los nacionalistas pronuncian un ambiente internacional hostil, “Occidente” es el enemigo natural y una amenaza a los valores rusos, la orientación al libre mercado es un desastre y la restauración del poder ruso en el anterior territorio soviético y en el mundo, es la principal prioridad. Su discurso de política exterior explota largamente las narrativas mitologizadas de la unicidad civilizatoria y la “misión” rusa. Los apoyos de este sector provienen de un número bastante representativo de círculos financieros y empresarios, líderes regionales influyentes y hasta funcionarios oficiales. El apoyo público a estas ideas, llegó a su pico máximo del 43 % en las elecciones de 1993 (Kassianova, 2001 :825).

El más popular y diverso grupo es el llamado de los estadistas y liberal-nacionalistas. Es dificultoso hallar un término que los agrupe porque posee una diversidad grande de líneas y sus visiones representan un amplio espectro de posiciones políticas que sin embargo, coinciden en que la política exterior debe estar guiada por intereses nacionales definidos en términos realistas, considerando la situación de seguridad geopolítica rusa, objetivos económicos domésticos y recursos disponibles. La más pronunciadamente “eurasianista” parte de este discurso refleja el determinismo geopolítico o consideraciones esencialistas. La parte liberal patriótica moderada presenta cooperación con “Occidente” como la estrategia inequívocamente preferible que debe estar condicionada al respeto de las prioridades nacionales y preocupaciones de seguridad rusas. Las ideas convergentes en este grupo, el corazón del actual “putinismo”, con Putin, Medvedev, Ivanov y el ex canciller de Yeltsin, Primakov, entre otros a la cabeza, proveen las bases para el más importante consenso en política exterior en la opinión pública (Kassianova, 2001 :825)²⁰.

Un Estado productor del discurso de la identidad

Claramente, el Estado puede ser también considerado como el productor, más que el mediador o el árbitro del discurso identitario. Semejante visión se sustenta en la imagen de grupos sociales comprometidos con un proceso de autorreflexión nacional, organizado en tres niveles más o menos autónomos, pero interactuantes:

a) Una elite intelectual con una polifonía de voces societales, como los medios de comunicación, los líderes académicos y culturales, ONGs, “intelligentzia” tanto en el nivel federal pero especialmente regional. Este discurso, contemplando las

²⁰ Según las encuestas del Centro Levada, más del 70 % de los rusos lamenta, como Putin, la disolución de la URSS pero apenas el 7 % considera que Rusia está siguiendo una política imperial y constituye una amenaza hacia la soberanía de otros Estados de la región.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

imperfecciones de la vida política y social rusa, a través de las preguntas eternas y las exploraciones históricas, es propenso a un alto nivel de autorreflexión y sofisticación.

b) La elite política, cuyo discurso está constituido por las plataformas y programas partidarios, los debates parlamentarios, los órganos de prensa partidaria, las voces de las elites regionales, los esfuerzos de los “lobbies” financieros y empresarios, sobre todo concentrados en las instituciones federales del poder. Ella está marcado por una orientación más pragmática al mundo, una proyección directa a la esfera de la política práctica y, una preocupación, no por la autorreflexión sino por la autojustificación y la refutación de narrativas rivales. Suele emplear un lenguaje estereotipado y temporalmente mitologizado, autocontenido, con un significado codificado²¹.

c) El Estado, o las agencias gubernamentales, que hablan a través de los textos de los documentos más doctrinales, estableciendo las prioridades estratégicas para el desarrollo del Estado y la nación. Esta es una narrativa cuidadosamente y neutralmente balanceada, objetiva, inclinada a generalidades con muy poca emotividad pero un fuertemente normativo contenido (Kassianova, 2001 :826).

En estos últimos documentos oficiales, aparecen las visiones autoritativamente sancionadas del Estado, presentando las principales cuestiones que responden a los objetivos y prioridades nacionales. Estas ideas, no provienen directamente de una selección de los discursos de los grupos sociales, sino que son el fruto de la mixtura de debates políticos e intelectuales, pero creados con su propio contenido, a través del canal de grupos expertos analíticos empleados en agencias gubernamentales. Entonces, esos discursos presentan una visión “destilada”, relativamente bien estructurada, coherente y bien focalizada de los supuestos y objetivos de las políticas estatales (Kassianova, 2001 :826).

Pero siendo una parte del discurso de la identidad, esos textos también implican una imagen simbólica deseada más que real, de sí mismo o del ambiente externo. Así el Estado no media entre discursos políticos competitivos, sino que produce una clase particular de discurso dirigido hacia adentro (la nación) como hacia afuera (el mundo). Por ello, los analistas, expertos y políticos toman muy seriamente estos textos, para intentar predecir la conducta del Estado ruso.

El “corpus” doctrinario

Con el objeto de analizar la evolución de la identidad estatal rusa y el rol del “Occidente” como el singular y más significativo referente externo, los documentos oficiales clave que constituyen el discurso a través del cual el Estado ruso fue definiendo y redefiniendo su propia imagen, son el Concepto de Política Exterior de

²¹ Durante los años de Putin, se ha potenciado el reforzamiento de la grandeza y la conciencia cultural rusa, a través símbolos visuales o el reconocimiento de figuras históricas, como el ex canciller Aleksandr Gorchakov y el poeta Fyodor Tyutchev.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

1993 y 2000 y el Concepto de Seguridad Nacional de 1997 y 2000. También podrían mencionarse las doctrinas militares de 1993 y 2000, pero aquí no se estudiarán, porque su foco específico y terminología no dejan mucho espacio para el análisis textual que el método intentado en este trabajo, exige (Kassianova, 2001 .827).

Los documentos a estudiar, elaborados por la más alta elite gobernante, las agencias de diseño de política exterior y los equipos intelectuales que elaboran la ideología gobernante, en el período de formación de la independencia estatal rusa (1992-2000), ingresan en esferas que describen los elementos nucleares del proyecto de identidad colectiva: determinando el carácter del ambiente y designando los referentes para la comparación, diferenciación o solidaridad; definiendo la naturaleza y ubicación de las amenazas a la seguridad colectiva y el bienestar; articulando los intereses colectivos, valores y propósito y, subrayando las tácticas para asegurar los objetivos.

Durante los noventa, en dos ocasiones, el Estado ruso estableció los conjuntos de los mayores documentos en la esfera de la política exterior y de seguridad.

El primero fue la Doctrina de Política Exterior de abril de 1993, fijando las entonces prevalentes concepciones ideológicas de Ministro de Relaciones Exteriores ruso, cuya línea, bajo condiciones de intensa y abierta conflictividad intraburocrática, reclamaba la conducción de la política exterior, en defensa del Presidente Yeltsin.

Otro documento, titulado "Las previsiones básicas de la doctrina militar" y adoptado en noviembre de 1993, era considerado por muchos, como una concesión del gobierno de Yeltsin a los militares, en compensación por su defensa durante su conflicto de octubre con la Duma. Este documento presentaba un conjunto de principios guía para asegurar la capacidad militar y de seguridad del Estado ruso, bajo la égida del Consejo de Seguridad, por parte de grupos de expertos, que reflejaban las actitudes y prioridades del Ministro de Defensa.

En el interín, el documento básico que en un principio, se esperaba proveer el fundamento para los dos ya producidos, estaba todavía bajo revisión permanente y reformulación. Precisamente, en razón de las enormes expectativas por un documento que establezca una dirección fundamental, fue imposible adoptar uno en tiempos de cambios continuos, en la situación doméstica e internacional. El Concepto de Seguridad Nacional apareció en 1997 y marcó claramente una etapa diferente en el proceso de una Rusia que vuelva a comulgar con el mundo exterior.

Sabido es que tal Concepto reflejó la formación de ciertas bases para el consenso político y societal sobre la autoimagen rusa y un rol propio en el mundo, epitomizado por la filosofía de política exterior de Yevgueny Primakov, quien se convirtió en Ministro de Relaciones Exteriores al comienzo de 1996. Comparado con el vocabulario, presupuestos, acentos y conclusiones del Concepto de Seguridad Nacional de 1997, aquellos de la Doctrina de Política Exterior de 1993, no habían sido más que un artificio político. Después de 1997, se tornaba necesario construir un consenso emergente, sentando las bases para una nueva autoimagen estatal e institucionalizándola en una agenda de diseño de política exterior en la forma

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

tradicional de articularla a través de un nuevo conjunto de documentos doctrinarios (Kassianova, 2001 :828).

Las circunstancias adversas, tanto domésticas (segunda guerra de Chechenia y crisis financiera de agosto) como internacionales (la expansión de la OTAN y la agresión de Kosovo), aportaron antecedentes percibidos como limitantes de la libertad de opción pero al mismo tiempo, proveyendo la necesidad de redefinir de manera aguda y realista, las prioridades y estrategias nacionales. Las doctrinas revisadas, estaban siendo preparadas todas juntas, al mismo tiempo y fueron adoptadas, una por una, en el año 2000. Esta aparición concurrente no sólo destacaba el modo sincronizado de su desarrollo, sino que también revelaba canales establecidos de coordinación en el “decision-making” de las principales burocracias gubernamentales.

La Doctrina de Política Exterior de 1993, el Concepto de Seguridad Nacional de 1997 y la Doctrina Militar de 2000, presentan la última versión de la historia, describiendo la naturaleza y el objetivo del nuevo Estado ruso, en el curso de un corto período de 8 años, vividos con muchos y profundos cambios y aún así, preservando presunciones básicas. Una atenta lectura de aquellos textos, revela cómo el Estado ruso fue construyendo su autoimagen, jugando sobre la base de tácticas de construcción de identidad de solidaridad-diferencia en las relaciones entre sí mismo y el ambiente doméstico e internacional.

En términos de referentes, el Concepto de Política exterior de 1993, remarcaba “la naturaleza democrática de la nueva estatalidad rusa” y traía una única mención –y negativa- a la Unión Soviética, aunque reconociendo el “Nuevo Pensamiento” gorbachoviano-. También mencionaba al “Occidente” por única vez, denotándolo positivamente como uno de los más importantes centros de la economía mundial y del proceso de relaciones internacionales y del proceso global civilizatorio (Kassianova, 2001 :829).

En cambio, cuatro años más tarde, el Concepto de Seguridad Nacional, omite el demarcador democrático; juzga peligrosa la dependencia tecnológica de Rusia respecto a “Occidente” y no compromete a la Federación con ninguna zona geográfica concreta. Sólo una vez, Rusia es descrita como un poder influyente europeo y asiático.

Finalmente, el Concepto de Política Exterior de 2000, arriba con una nueva visión rusa de sí misma. Abundando en términos sustantivos y espaciales, los referentes para definir los intereses y objetivos de Rusia ahora incluyen la “comunidad mundial”, “la economía mundial”, “los métodos de la economía de mercado”, “los valores de la sociedad democrática”, “las organizaciones económicas internacionales”, y la otrora familiar y ahora menos citada “países líderes del mundo”, con una simple referencia a los “influyentes Estados en desarrollo” y completando con una despersonalizada referencia a “asociaciones de Estados externos e interestatales”. Pacientemente, el Concepto delinea un grupo significativo de “poderes líderes” que están especificados con mayor detalle en una sola instancia a la que denomina bajo el paraguas de

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

“países occidentales desarrollados bajo el liderazgo de Estados Unidos”. Explícitamente, el texto establece una preferencia por la orientación balanceada de Rusia, debido a su situación geopolítica eurasiática.

Respecto a los términos de una política de diferenciación o solidaridad, el primer documento, hay una marcada identificación con “Occidente”, sobre todo Estados Unidos. Aún cuando pueden existir posibles divergencias de interés entre Rusia y “Occidente”, siempre se subraya la afinidad con las cualidades constitutivas y valores de aquél. Hay optimistas referencias como “cooperación”, “sociedad”, “alianza” (más como deseable que real), “colaboración”, “apoyo”, “asistencia” e “integración”, pero con la convicción utilitaria de que Rusia está en posición de empujar a Estados Unidos, hacia un más activo apoyo a las reformas económicas domésticas (Kassianova, 2001 :830).

El segundo documento ya describe la relación de Rusia con otras grandes potencias en términos de “sociedad equitativa”. La persistente invocación de “equidad” y con verbos asociados indicando que no ha sido cumplimentada, no obstante, implica que sea percibida como deficiente.

El tercer documento oficial ofrece algunas claves para una abierta y deliberadamente balanceada agenda de referencia, sobre es manifiesta la vinculada con la multilateralidad. La membresía limitada a Occidente y el carácter selectivo y restrictivo del proceso de integración en la región euroatlántica, son planteadas en términos de discusión de amenazas a la seguridad. Al mismo tiempo, el vocabulario del Concepto expresa un alto grado de actitudes positivas considerando las relaciones de Rusia con el más largo y diversificado ambiente al que es compelida a abrazarse, producto de que ha sido marginada de las asociaciones occidentales. Las relaciones deseadas con el ambiente multifacético, son apoyadas con términos que enfatizan la “cooperación”, la “sociedad”, la “alianza”, la “diversidad”, el “mutuo beneficio”, el “esfuerzo colectivo”, la “equidad”, la “comprensión” y el “acuerdo”. En contra de estos antecedentes positivamente valorados, los atributos de relaciones específicamente con entidades representativas del innombrado Occidente (Grupo de los 8, Unión Europea, OTAN) reciben un tratamiento más seco, más bien empresario, más frecuentemente descrito como “intenso”. Una tonalidad neutral (diálogo e interacción) se contrasta con alusiones a dificultades y serias contradicciones sobre todo respecto a Estados Unidos. La nota sola discordante está registrada cuando el documento subraya como actitud negativa, a la expansión de la OTAN.

El documento del 2000 no insiste en la asociación de Rusia con las potencias líderes, no obstante que las denota como “otras” (entre varias). De hecho, provee muy pocas indicaciones de asociación; sólo se menciona de modo muy genérico, como por ejemplo, intereses comunes objetivos con “otros” Estados en cuestiones de seguridad relevantes. El término “dependencia” aparece como una indeseable forma de vinculación describiendo las relaciones de Rusia con fuentes externas de tecnología y finanzas.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

Respecto al discurso de peligro, es decir, las fuentes de amenaza para Rusia, el primer documento de 1993, identifica primariamente, al ex espacio soviético, incluyendo a los países de la CEI y en segundo lugar, al Tercer Mundo. Conflictos armados, proliferación, convulsión étnica y social, terrorismo, narcotráfico, hambrunas, enfermedades, amenazan los intereses y la seguridad rusas. El fundamentalismo islámico se suma al listado de flagelos, sobre todo, en las regiones musulmanas de Rusia y la CEI. En un plano diferente, se agregan dos problemas más: el objetivo económico, con una economía dinámica e integrada al mundo, como condición clave para la supervivencia del país y la salvación de la nación. En un similar pero menos urgente tono, aparece el desastre ecológico en Rusia, presentado como una nueva dimensión de la seguridad internacional (Kassianova, 2001 :830).

El segundo documento es ambiguo respecto a las amenazas internas/externas y militares/no militares. En todo caso, la crisis estatal de la economía es percibida como la principal fuente de amenazas a la seguridad de la Federación Rusa. Se agrega la expansión de la OTAN hacia el este, como una fuerza dominante política y militar en Europa, "extremadamente peligrosa". Hay repetidas alusiones a una supuesta disminuida amenaza de agresión militar directa pero al mismo tiempo, una evidente preocupación con la peligrosa contracción del rango de instrumentos de política no militar, disponibles para Rusia, preocupada por su debilitamiento y aislamiento.

El tercer documento es más directo respecto a identificar fuentes y ciertas clases de peligro. El mayor desafío a los intereses nacionales rusos, es la tendencia a establecer una organización del mundo unipolar bajo el dominio militar y económico de Estados Unidos, al cual, se percibe en un balance nada fácil entre evocar la necesidad de "colaboración" y la advertencia de la necesidad de medidas adecuadas en caso de acciones unilaterales. La prioridad en el ranking de amenazas ya no está dada en función de conflictos armados en los límites o fronteras de Rusia, aunque todavía sean consideradas reales y puedan conducir a la expansión del separatismo. El discurso de peligro se ha expandido hacia la preocupación y vulnerabilidad ante condiciones estructurales económicas y legales, condiciones del sistema internacional globalizado, considerando la creciente inhabilidad rusa para influir o cambiarlas.

El carácter interno de las principales amenazas a la seguridad rusa está expresamente ratificado en el texto por el tono y extensión de la discusión. No obstante, una concentración de los términos que caracterizan las causas internas más peligrosas de preocupación frecuentemente, ocurren considerando aquellas áreas directamente conectadas con la seguridad externa del Estado, como en el pasaje donde se describen la inaceptable y críticamente disminuida condición de las fuerzas armadas rusas. La jerarquía de las amenazas directamente clasificadas como externas, fija la prioridad de las cuestiones de mecanismos estructurales como la

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

ONU y la OSCE, para asegurar los intereses rusos en el nivel global y regional y el peligro indisputablemente asumido de la OTAN²².

La mirada general de las relaciones entre Rusia y el mundo, pasa por el final de la confrontación Este-Oeste en el primer documento. Optimismo y cooperación, incluyendo a la OTAN, son las líneas generales del mismo. En cambio, en el segundo de 1997, si bien la mirada también es en general positiva, hay cierta cautela, cuidando de mantener igual distancia en relación con los actores globales, político, económicos europeos y asiáticos. Aquí, el optimismo descansa en el sentido del potencial nuclear más que en la confianza del carácter benigno del ambiente externo. En el tercer documento, se despliega una combinación de términos optimistas y afirmativos sobre la relación con actores, dentro de una agenda mundial que asume su naturaleza inclusiva y multilateral y una esperanzada y orientada a la cooperación en la agenda, empleando terminología de sociedad hacia Estados y grupos de relaciones de Estados, con los cuales, se espera, se conviertan en problemáticas: allí la relación con la Unión Europea asoma como el vínculo más cooperativo. El documento observa al contexto o ambiente internacional como “difícil” y remarca la posibilidad de los intereses rusos “ignorados” (Kassianova, 2001 :831).

La mirada al “Otro” que es “Occidente”

En síntesis, en los tres documentos oficiales, “Occidente” ha sido un referente significativo en la evolución de la identidad estatal rusa. Por ejemplo, en el Concepto de Política Exterior de 1993, éste es representado en dos niveles: un epitome idealizado y abstracto de los principios de democracia y libre mercado, que se presumía congeniaba con la naturaleza y era simpático con las aspiraciones del nuevo Estado ruso y como una asociación de entidades políticas materiales, más notoriamente Estados Unidos y Europa Occidental, que puede generar intereses no necesariamente armónicos con los de Rusia. Se pretendía generar una autoimagen de cercanía con “Occidente” en términos ideológicos, siguiendo la lógica de una autopercepción dirigida ideológicamente al estilo soviético, cuando simultáneamente se denunciaba de modo crítico, la sobreideologización del período soviético (Kassianova, 2001 :835).

El “Occidente” como referente significativo, ostensiblemente desaparece de los textos subsiguientes. De modo similar, la referencia a la URSS y al anterior espacio soviético, bastante frecuente en los textos tempranos de 1993, aparecen sólo una

²² El discurso estatal ruso es bastante explícito en expresar su preocupación en expresar su preocupación con la insuficiente eficiencia de mecanismos multilaterales para mantener la paz y la nueva doctrina estratégica de la OTAN postulando prácticas de acción militar más allá de la responsabilidad de bloque sin la sanción del Consejo de Seguridad de la ONU. No obstante ello, el rechazo a la expansión de la OTAN hacia el este, es balanceada por la expresión “Rusia está abierta a la interacción constructiva sobre la base de la debida consideración de los intereses de las partes”.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

vez en el Concepto de Seguridad Nacional de 1997 y está ausente en el texto de los documentos de 2000.

El conjunto de documentos del 2000, siguiendo el intento del Concepto de Seguridad Nacional de 1997, presenta un esfuerzo determinado para adoptar un marco de referencia independiente de las correlaciones aparentemente centradas en "Occidente".

Ahora bien, hay dos niveles de mirar al "Occidente". Como se mencionó arriba, los documentos distinguen entre la idea del "Occidente" y sus constituyentes materiales. Esta dualidad parece también tener su propia dinámica. El Concepto de 1993 en muchas instancias, conmuta entre los dos niveles, como por ejemplo, entre la representación material y la simbólica de Estados Unidos, consciente de las diferencias reales de vida de intereses políticos y económicos, pero confiando en la afinidad ideológica de los dos Estados²³.

Más allá de estos textos diplomáticos, puede inferirse que gradualmente, el discurso de la política exterior y de seguridad rusa ha abandonado la idea del "Occidente" como un único referente relevante, y ha establecido una agenda con múltiples actores para la representación del ambiente internacional, lo cual es menos proclive a dividirse a lo largo de ejes estereotipados. Hay una tendencia a enfatizar la diferencia-otredad delineando los contornos de la autoimagen estatal rusa. Excepto en la primera etapa de su desarrollo en 1993, este discurso omite una discusión explícita de la continuidad URSS-Rusia, pero cuidadosamente recita las demarcaciones heredadas del status de "gran superpotencia": membresía permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU y su potencial nuclear. Es también sensible a la dimensión temporal de la evolutiva identidad estatal, marcando la disminución de los recursos domésticos e internacionales del Estado, reiterado en varias instancias, a lo largo de los cuatro documentos (Kassianova, 2001 :836).

El supuesto general considerando la actitud rusa al mundo exterior ha sido la realización de que urgentes tareas de revitalización nacional, incuestionables prioridades estatales a través del período, puede ser realizada sólo en un ambiente cooperativo internacional. La tarea de igual y orgánica inclusión en la comunidad mundial en la capacidad de una gran potencia, fue pronunciada en el Concepto de 1993, en confianza con los países occidentales que podrían ayudar a Rusia en la tarea y, reafirmada por los documentos subsiguientes en términos más sabios.

²³ Como balance, Estados Unidos viene a representar simbólicamente la idea del "Occidente", recibiendo una mucha mayor parte de connotaciones positivas que Europa Occidental, la cual es tratada por el documento de 1993, con mucha reserva. Inversamente, es Estados Unidos la que recibe los mayores cuestionamientos en los documentos de 1997 y 2000. El Concepto de Política Exterior de 2000 dedica cerca de 11 párrafos a los problemas de las relaciones con Europa Occidental con Europa Occidental (seguridad europea, Unión Europea, Estados europeos individuales) y justo dos párrafos a las relaciones con Estados Unidos, puntualmente precedidos por una discusión de todas las direcciones de la política europea, por ejemplo, a través de cuestiones vinculadas con los Balcanes y el Báltico.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

El sentido destacado de la vulnerabilidad rusa debido al desmantelamiento de la economía y las consecuencias sobre los recursos de su política exterior, actualiza el tema de la inclusión-exclusión como el concepto central significativo y organizador, guiando la posición de Rusia en relación a instituciones o países en particular. El criterio de inclusión atraviesa la hipotética afiliación anti o pro-occidentales. El discurso estatal destaca la importancia de la membresía de Rusia en el Consejo de Seguridad de la ONU y en el G-8, el último, proveyendo al país, de esenciales mecanismos para defender y promover los intereses de política exterior a través del mecanismo de consulta y ajuste de posiciones. La cuestión de la percepción rusa de la OTAN, apareciendo como el foco de las contradicciones ruso-occidentales, se ha desarrollado en el período 1993-2000, de acuerdo a la lógica de inclusión-exclusión, determinando la posición rusa (Kassianova, 2001 :837).

La etapa más reciente del discurso introduce una nueva temática en la interacción de Rusia con el mundo exterior: el reconocimiento de una diferencia o brecha de percepción entre Rusia y la opinión pública externa y el deseo de acercarla mediante políticas que establezcan una percepción positiva de actitudes amistosas hacia Rusia.

Algunas conclusiones

Habiendo repasado los aportes teóricos “reflectivistas” o “postpositivistas”, útiles para analizar la evolución discursivo-identitaria de la Federación Rusa, puede afirmarse que la misma, en el período formativo de la independencia del Estado ruso, en un importante grado, ha sido influida por la dinámica de la interrelación del Estado con el mundo exterior. El motivo principal ha sido el deseo de un nuevo Estado ruso de pertenecer a la comunidad mundial.

Discursivamente, el Estado ruso ha demostrado la fractura de la homogénea imagen del “Occidente” en muchos otros contextos referidos a la política exterior. Más relevantemente, mientras se revela una obvia y progresiva inclinación rusa a correlacionar su propia imagen con la del “Occidente”, el análisis de los textos de la política exterior y seguridad rusa, no apoyan el estereotipo de antioccidentalismo como el significado deliberado y dominante voluntariamente elegido por el Estado ruso para consolidar la tarea de consolidación doméstica. Más aún, caracteriza el proceso de autoidentificación rusa como altamente sensible a los “inputs” del ambiente externo y al Estado ruso como predominantemente preocupado con la agenda doméstica pero dispuesto positivamente y abierto al mundo exterior.

Inicialmente, tal discurso que favoreció la inclusión de Rusia como parte cultural cercana al mundo occidental, en las recientes etapas, ha transmitido cierta frustración con algún rechazo a ser aceptada, lo cual no se tradujo empero, en motivos de oposición. Es más, el discurso actualizó los atributos de autocontención rusa, espacial y sustantivamente ampliando el marco de referencia para tomar en cuenta el sentido del Estado en sí mismo y cambiando el acento en articular peligro desde las fuentes

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

materiales de amenaza a la preocupación por las condiciones estructurales del sistema internacional.

A partir de la no aceptación o indiferencia hacia Rusia, por parte de Occidente, en el período 1992-1994, las elites rusas comienzan a abandonar la estrategia de fortalecer la identidad rusa en base a la dimensión externa. Así, la política exterior pierde gradualmente parte de su relevancia, frente a una valorización progresiva de la base orgánica cultural como fuente identitaria. El componente cultural pasó incluso, a tener potencialidad para ser usado con fines políticos.

En la presente fase del proceso de construcción identitaria, observando los dos períodos de gobierno de Vladimir Putin (2000-2008) y el actual de Medvedev, las elites del Estado ruso (burócratas, agentes de seguridad y militares), permanecen conscientes del dificultoso ambiente internacional, pero todavía se hallan expresamente inclinadas a una interacción positiva con toda clase de actores esenciales en el mundo exterior, tomando en cuenta que sólo esto puede proveer condiciones favorables para la revitalización doméstica. Siendo las alternativas de política exterior, definir la política exterior en función de un interés nacional identitario o, hacer prevalecer el espíritu de misión imperial o consideraciones ideológicas como en el pasado, Putin y Medvedev, optaron claramente por la primera opción²⁴.

De esta manera, concretamente, no se verifica en el discurso ni en la política exterior rusa, ningún atisbo de “confrontacionismo” o de “desafío” a la estructura internacional de poder, que se mantiene desde 1991.

A futuro, queda explorar con mayor profundidad, un repaso del período más reciente, antes citado así como las miradas de los rusos hacia su propio “Este” y, las percepciones de norteamericanos, europeos y asiáticos hacia Rusia.

Bibliografía:

- ADLER, Emmanuel, “Seizing the middle ground: Constructivism in World Politics”, *European Journal of International Relations*, 3, 1997, pages 319-363.
- ASHLEY, R., WALKER, R.B.J., “Speaking the Language of Exile: Dissident Thought in International Studies”, *International Studies Quarterly*, 34 :4, 1990.
- BELIKOW, Juan, “Existen un Estado y una Nación para los rusos?”, ponencia presentada en el II Simposio Electrónico Interamericano “El nuevo mundo de la antigua Unión Soviética”, CEID, Buenos Aires, 2005.
- BUTLER, Judith, SPIVAK, Gayatri Chakravorty, *Quién le canta al Estado-Nación?*, lenguaje, política, pertenencia, Paidós, Buenos Aires, 2009.

²⁴ Con Putin y sin confrontar el orden internacional, Rusia ganó en gobernabilidad y crecimiento económico, logros que se tradujeron en una política exterior más activa, cuyos componentes más relevantes son: a) pragmatismo, b) búsqueda de diversificación de mercados y clientes, c) recuperación –relativa- de poder y prestigio y, d) la expansión de la presencia rusa en diferentes regiones del mundo (Zubelzú, 2010).

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

- CASULA, Philipp, Changing discourses of national identity in East and West after Cold War, paper presented on the Section on “Cultural Plurality in IR Theory and IR Practice”, at the 6th Pan-European Conference on International Relations in Turin, 12-15 September, 2007.
- CLAUDIN URONDO, Carmen, “La sociedad de Rusia: entre el cambio y la continuidad”, en Revista CIDOB d’Àfers Internacionals, Número 59, Barcelona, Octubre-Noviembre de 2002.
- DERRIDA, Jacques, DUFOURMANTELLE, Anne, La hospitalidad, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2006.
- FEARON, James D., “Domestic Politics, Foreign Policy and Theories of International Relations”, in Annual Review of Political Science, 1: 289-313, 1998.
- GIRAUDO, María Eugenia, LOPEZ CANELLAS, Florencia, MERKE, Federico, MONTAL, Florencia, SFORZINI, Nicolás, Teoría y metodología en el estudio de las Relaciones Internacionales, IDICSO, 2006.
- GOLDSCHMIT, Marc, Jacques Derrida, una introducción, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2004.
- GRAHAM JR., Thomas, Russia’s foreign policy, Symposium at the Royal Defence College, Carnegie Endowment for International Peace, March 1, 2000.
- HERRANZ SURRALLES, Anna, Muchos mundos, muchas Europas: el postmodernismo en las Relaciones Internacionales y los Estudios Europeos, Documentos CIDOB, Dinámicas interculturales, Fundación CIDOB, Número 14, Barcelona, 2009.
- HUDSON, Valerie M., “Foreign Policy Analysis: Actor Specific Theory and the Ground of International Relations”, in Foreign Policy Analysis, Volume 1, International Studies Association, Oxford, 2005, pages 1-30.
- KASSIANOVA, Alla, “Russia: Still Open to the West? Evolution of the State identity in the Foreign Policy and Security Discourse”, in Europe-Asia Studies, Volume 53, Number 6, September 2001, pages 821-839.
- KRATOCHWIL, Petr, “The balance of threat reconsidered: construction of threat in contemporary Russia”, Paper presented at the Fifth Pan-European Conference Netherlands, The Hague, September 9-11, 2004.
- LYOTARD, Jean Francois, La condición postmoderna, Informe sobre el saber, Planeta Agostini, Barcelona, 1993, página 44.
- MERKE, Federico, “Identidad y política exterior, la Argentina y Brasil en perspectiva histórica”, en Revista Sociedad Global, Revista de Relaciones Internacionales y Ciencias Políticas, UAI, Volumen 2, Números 2-3, Buenos Aires, junio-diciembre de 2009.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

- PERNI, Orietta, El Congreso de la ISA: una instancia para la reflexión sobre el panorama teórico en las Relaciones Internacionales, 46vo. Congreso de la International Studies Association, Honolulu, Hawai, Marzo 2005.
- POULIOT, Vincent, "Subjectivism": toward a Constructivist Methodology, in International Studies, 51, Quaterly 2007.
- RISSE-KAPPEN, Thomas, "Public Opinion, Domestic Structures and Foreign Policy in Liberal Democracies", in World Politics, July 1991, 43(4), 479-512.
- ROSE, Gideon, "Neoclassical realism and theories of foreign policy", in World Politics, October 1998.
- SALOMON GONZALEZ, Mónica, La Teoría de las Relaciones Internacionales en los albores del siglo XXI: diálogo, disidencia, aproximaciones, Fundación CIDOB, 2002
- WALKER, R.B.J., "One World, Many Worlds: Struggles for a Just World Peace", Boulder, Lynne Rienner, 1988.
- WENDT, Alexander, "Anarchy is what States make of it: the social construction of power politics", International organization, 46, 1992, pages 391-425.
- ZAKARIA, Fareed, "Realism and Domestic Politics, a Review Essay", in International Security, Volume 17, Number 1, Summer 1992.
- ZEHFUSS, Maja, "Constructivism in International Relations. The Politics of Reality". Cambridge: Cambridge University Press, 2002.
- ZUBELZU, Graciela, La presencia rusa en América Latina: alcance, focos de interés y límites, en el V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, Buenos Aires, 28 al 30 de julio de 2010.
- ZUBELZU, Graciela, Rusia y la definición de sus intereses nacionales: la búsqueda de una guía en clave identitaria, mimeo.